

EDUARDO ROSALES

El autor de *El testamento de Isabel II*, es un artista hispano que comienza a considerarse como un gran maestro. En la historia del arte son frecuentes estas resurrecciones. En realidad el descubrimiento es ya lejano en el tiempo. Lo hizo Eugenio d'Ors cuando al visitar el Museo de Arte Moderno de Madrid tuvo ante los ojos el notable cuadro *La muerte de Lucrecia*, al que dedicó uno de los mejores capítulos en aquel inolvidable *Mi Salón de Otoño*.

Poco a poco Rosales gana adeptos. Muerto prematuramente a los treinta y siete años, en 1873, aparece hoy junto a Fortuny y a Lucas, como una de las pocas figuras de ese siglo paupérrimo del arte español que tiene igualmente en sus comienzos como genialísima excepción al Goya de las *pinturas negras* y de las litografías.

Esta monografía ha sido escrita por Gregorio Prieto y si el texto es mediocre y escasamente interesante, se orna con setenta y tres grabados en negro. Suficientes en cierto modo para comprender la grandeza del artista.

Su arte es melancólico y, a la vez, profundo, recio, lleno de un vigor que se apoya en la mejor tradición velazqueña. No en aquella que toma lo superficial, sino la que asimila y re-crea en una norma de originales conceptos.

TRES HORAS EN EL MUSEO DEL PRADO

Hablábamos de pasada en la nota anterior de Eugenio d'Ors. He aquí un libro que le pertenece. Tal vez, su mejor palabra crítica. No es, como saben los lectores, una obra reciente. Pero el famoso itinerario estético de la galería matritense ha hecho larga fortuna. El ejemplar que comentamos pertenece a la edición número catorce. Ha sido editado por Aguilar para su famosa "Colección Miniatura" de Navidad 1952.